La última carta, prólogo inesperado

Pensé que ya no habría más cartas. El final quedó sellado y bien sellado. Pero lo cierto es que cuando empecé esta aventura tampoco sabía que acabaría por escribirte ni que te escribiría tanto. ¿Qué ha pasado entonces para que me arranque de nuevo? ¿Qué será eso que necesito contarte si los dos ya dábamos por finiquitado el periplo? Pues que acabo de leer un libro maravilloso y eso ha precipitado que algunas dudas que albergaba y algunos flecos que rumiaba cristalicen en forma de prólogo.

Esta sí que es buena. La última carta será la primera en el reino de los lectores descarriados, los que den con sus huesos en estas páginas. Y a ti, ahora que lo pienso, esta última carta puede darte pie a leer la primera parte, esa que empezó sin haber pensado todavía en ti como interlocutor. Es lo que pasa cuando a mitad de vuelo se cambia de plan y se activa el modo epistolar.

Te confieso que me da un placer morboso cometer esta tropelía con aspecto de harakiri. Me refiero dedicarme a hablar de otro libro en el prólogo del mío. Ya se encargó tu hija de trasladarme sus dudas: que, tras leer el primer borrador, le apetecía más leer el libro de Everett. Menudo problema. No le veo el inconveniente. De hecho, me enorgullecería que esa fuera la contribución objetiva de este libro: hacer más visibles valiosos trabajos que tienen la osadía de ver de otro modo las cosas. *No duermas, hay serpientes* de Daniel L. Everett no sería más que el último que he conocido, aunque ya fuera de tiempo. Si me das a elegir entre hacer un prólogo convencional o complicarme la vida, pues está claro que sostienes la respuesta entre tus manos.

Lo que me mueve a hablarte de ese libro no es solo que me ha cautivado, sino que completa lo que hemos visto a lo largo de las cartas. Nosotros nos hemos centrado en las palabras, solo en las palabras, y gracias al libro de Everett podemos hacernos una idea más de conjunto, pues habla de

múltiples aspectos de una lengua concreta, y, sobre todo, pone cara a sus hablantes, humaniza el objeto de estudio.

El lenguaje, las lenguas, su naturaleza y su origen son asuntos claves para comprendernos como especie. Es recurrente el interés que todo el mundo tiene sobre estos temas. No terminaríamos de leer los libros que los han abordado. Sin embargo, la aproximación que hace de Everett a través de la lengua de los pirahã es singular. No nos sienta en el trono de un lingüista para hacernos ver todo lo que sabe o averigua un lingüista, sino que nos hace sentir personas interesadas por otras personas, por su cultura y su lengua. Es un hermoso viaje antropológico a través de la lengua de una pequeña tribu del recóndito Amazonas, la de los pirahã. Y esto no es muy frecuente. A nosotros nos sirve como una muestra de la inabarcable diversidad humana y de la inconcebible complejidad y riqueza que atesora el lenguaje humano. Todas las palabras y las lenguas de las que hemos estado hablando durante estos meses deberían contar con el libro de un misionero que se hubiese comprometido con la misión de rescatar y poner en valor su lengua y su cultura con la entrega y honestidad de Everett.

Topónimos pescando incautos

Quizás sea buen momento de echar la vista atrás, aprovechando que el río de los pirahã remueve las aguas. ¿Qué viaje hemos hecho? La analogía del viaje está muy extendida, pero es que no dejamos de ser *sapiens* vagando por el territorio en busca de algo. Aquí cazamos ideas, ideas escurridizas, de las que solo llegamos a reconocer su sombra esquiva. Y nada más líquido, ambiguo, escurridizo y esquivo que un nombre de lugar, un topónimo, por llamarlo por su forma más concisa. Son unos nombres propios que sirven de puente entre la lengua y la geografía, que etiquetan el mapa mental de los lugares conocidos. Los nombres de los pueblos, de las ciudades, de las montañas o de los ríos tienen la virtud de interesar a los mortales, a los no entendidos, porque nos hablan de nuestro mundo cercano y nos señalan el misterio de su significado. Piensa en cualquier río, da igual cuál: ¿qué significará río Noa, río Lena, río Duero, río Turia, río Júcar, río Esla…? Lo mismo con montañas, parajes, aldeas, pueblos, ciudades o países. Son inacabables los enigmas que te tientan con descubrir qué pueblos o qué tribus les dieron nombre. Ese fue el

irresistible anzuelo que mordí, me tocará reconocerlo una y mil veces. Por culpa de ellos acabé embarcado y sin billete de vuelta. Son muy peligrosas estas palabras tan peculiares porque tienen un especial influjo sobre algunas personas, a las que, sin previo aviso, seducen con su poderosa capacidad para evocar otras prehistorias. A mí me alcanzo de lleno su radiación y me convertí en la víctima que mejor conoces.

Sí, digo víctima porque uno puede acabar creyéndose lo que ve y lo que oye. Lo susurran tan bajito que es inevitable no completarlo inadvertidamente. Y esa es la trampa: poner de tu cosecha cosas que no dijeron. Yo creo que he tenido mucha suerte, suerte de darme cuenta a tiempo. Hay que hablar de suerte porque no depende de uno mismo: a mí la suerte me llegó por no saber entregarme a medias, porque al darlo todo, porque al formular y perseguir tantas preguntas, el alud de respuestas me sepultó. No es por tanto una historia de éxito, de alguien que resuelve un misterio tras otro, sino la de alguien que queda atrapado e inmovilizado a la espera de una confirmación. Es esta espera, especialmente si se hace eterna, la que te abre los ojos. El velo del deslumbramiento acaba por caerse y la duda cubre con su manto de sombras todo lo que antes brillaba con fulgor. Pero, de nuevo, otro golpe de suerte: después del purgatorio, una brizna de luz y un hilo del que tirar. Y al final, la recompensa envenenada: ¿es un éxito descubrir algo que no perseguías? ¿Acertar por equivocarse es motivo de satisfacción?

El asunto era irresistible. Si se encuentran con facilidad nombres de lugar que pueden ser traducidos por lenguas lejanas y extrañas, ¿cómo no lanzarse a la aventura? Los ríos se repiten en distintos continentes, también las montañas: ¿cómo no indagar ante el desafío que supone encontrar palabras casi idénticas que significan ‘río’ o ‘montaña’? ¿No permite pensar que esas palabras son reliquias de una prehistoria por descubrir, que nuestros antepasados olvidaron esas lenguas pero que han sobrevivido en los nombres que pueblan el paisaje y en palabras vivas pero de territorios lejanos y exóticos?

Persiguiendo prehistorias uno puede acabar, sin querer, inmiscuido en temas trascendentes como el del origen de las lenguas. Fue una sorpresa, pero ahí están las preguntas: ¿provienen todas las lenguas de una única lengua madre ancestral o de varias lenguas abuelas? ¿Hubo una protolengua o fueron varias? Esta cuestión de la génesis, si es única o

múltiple (el pulso entre monogénesis o poligénesis de las lenguas que nos acompañó durante muchas páginas), lleva aparejada otras cuestiones igualmente relevantes: ¿cambian las lenguas o se conservan? ¿Se ramifican y se aíslan o confluyen y se mezclan? ¿Domina la divergencia o la convergencia? ¿Qué explica la diversidad de lenguas actual, los préstamos de una riqueza ancestral o la deformación de la herencia? ¿Geografía o historia?

Palabras dibujando paisajes

Para mí, acabar encontrando una idea que no se buscaba tiene un especial valor probatorio, especialmente cuando te hace ver que andabas desnortado. Es comprensible que a ti no te valga, que no sea suficiente. Pero reconóceme al menos que en este caso no opera la sugestión y que es difícil pensar que algún sesgo me haya hecho ver fantasmas. Ya sabes que lo que encontré no encajaba completamente en ninguno de los dos modelos. Un no lingüista no puede aspirar a emular a los lingüistas sin adquirir todo su bagaje e integrarse en alguna corriente académica. La única posibilidad que tiene de poder aportar algo por su cuenta es precisamente sacar partido de su debilidad: el desconocimiento también te priva de ideas preconcebidas, y por eso mismo podría favorecer el descubrimiento de un enfoque diferente. Pues es eso lo que hice sin saber muy bien lo que hacía. Por hacer confesar a los topónimos globales lo que yo quería oír, acabé por interesarme en las palabras básicas de las lenguas del mundo (ojo, agua, uno, fuego, perro, dos, hoja…). Son palabras con fama de duras, difíciles de cambiar y muy reacias a abandonar el seno de su lengua. Son palabras poco «prestables». Así que podrían conservar pistas que me dieran la razón, a mí y a mis topónimos intercontinentales. Me aproximé a ellas haciendo mapas y contabilizándolas de diferentes formas, las únicas herramientas que me vi capaz de poder manejar. El resultado son unos mapas inauditos y una huella estadística que se conserva colectivamente en las lenguas del mundo. Y ninguno de estos resultados encajan completamente en ninguna de las hipótesis sobre el origen de las lenguas de las que tengo noticia. Tampoco lo que yo creía haber descubierto se ve respaldado. Es algo muy distinto. Estoy convencido de que estos mapas y gráficos permiten vislumbrar cómo fueron las palabras de las lenguas primitivas y cómo pudieron acabar

generando tanta diversidad. Podrá ser un espejismo, pero es un espejismo que merece la pena.

Hay una cosa segura: esas lenguas primitivas las hablaron gentes cuyo modo de subsistencia era muy diferente al nuestro. La vida urbanita se parece muy poco a la de los cazadores y recolectores. Aunque, bien pensado, no estamos tan lejos de ellos. Tú mismo viviste en tu infancia y juventud el modo de vida que trajeron los neolíticos. Yo estoy a una generación de la agricultura y a ti te separan 10 000 años de los cazadores y recolectores (bueno, 7 500 en nuestro país, que aquí llegó la ola más tarde). No son nada si pensamos que los humanos llevamos cazando al menos dos millones de años. El hábitat de los cazadores es un ambiente en el que se desarrollaron las lenguas durante eternos milenios. ¿Qué daríamos por poder escuchar una de esas lenguas? ¿Qué pagaríamos por poder realizar ese viaje en el tiempo? Pues bien, tenemos un testimonio impagable, lo más parecido a ese viaje en el tiempo que podemos conseguir. Empieza en los años 70 gracias al esfuerzo de un misionero, y termina tres décadas después, inmerso en el eterno paleolítico, en la atemporal forma de vida de unos cazadores amazónicos.

Viaje al corazón de las lenguas

Daniel L. Everett fue misionero y es lingüista. Dedicó treinta años de su vida a aprender y estudiar una lengua hablada por solo cuatrocientas personas en el mundo. Una lengua que, tras varios siglos de intentos, seguía resistiéndose a ser bien comprendida por un no pirahã. El corazón del Amazonas brasileño no es un lugar fácil para un occidental y su familia, y solo una loable y bienintencionada misión como es salvar sus almas permite vencer todas las dificultades. Pero para salvar sus almas es necesario que comprendan el mensaje de Jesús, y para eso hay que traducir la biblia, y esto solo es posible si logras hablar su lengua casi tan bien como ellos mismos.

La civilización tecnológica de nuestra era deslumbra con sus hazañas. El hombre pisó la luna. La mujer todavía no. Son hazañas prodigiosas pero cargadas de testosterona. Hay otras más discretas pero igualmente trascendentes para la humanidad. Como enseñar a hablar y escribir a una niña de 7 años sorda y muda. Era pedir la luna pero la paciencia, el tesón

y el afecto de Anne Sullivan obraron el milagro. Hay esfuerzos que son tan titánicos como discretos. La hazaña de Everett encaja mejor en este tipo de proezas silenciosas, privadas de fuegos artificiales, pero capaces de conmover y elevar lo humano a lo más alto.

Los pirahã no hablan portugués, así que hasta Everett no había nadie que conociera las dos lenguas. Tuvo que deducir su léxico y su gramática. Y aprender su cultura. Contó con la paciencia, comprensión y amistad de algunos miembros que ejercieron de profesores. La recompensa es impagable, porque al descifrar el código de los pirahã, Everett logró acceder a un tesoro milenario: no solo comprendió su lengua, sino que pudo entender su forma de ver el mundo, mirarlo a través de sus ojos.

Los pirahã pescan y cazan con arco. Recolectan. Forman familias, pero viven con naturalidad el divorcio. Los niños son tratados como adultos y participan en la tribu como uno más desde el destete, a los tres o cuatro años. Son estoicos sonrientes y risueños. El río y la selva les proporcionan el sustento y viven al día, aferrados al presente como único tiempo posible, sin hacer previsiones ni interesarse por nada que no puedan ver por ellos mismos o les cuente un testigo directo. Son empiristas recalcitrantes. Sin embargo, lo más interesante solo emerge cuando se accede a un conocimiento más profundo. Y darse cuenta de lo que carece una lengua o una cultura exige conocerlas muy bien.

Los pirahã no tienen numerales. No saben contar. Les basta con decir muchos o pocos. No distinguen entre plural y singular. No tienen palabras para los colores (les es suficiente con decir que no está maduro para el verde o remitir a la sangre para el rojo, por ejemplo). No tienen palabras como derecha o izquierda y para distinguir una mano de otra toman como referencia el río (la mano que está río arriba o la mano que está río abajo). Pero la principal carencia solo un lingüista podría detectarla porque es gramatical: los pirahã no pueden formar frases complejas. Las oraciones subordinadas no existen para ellos. No pueden decir «el hombre que entró en la casa era alto» porque hay una *frase* dentro de otra: el hombre (que entró en la casa) era alto. En pirahã lo correcto es decir «el hombre entró en la casa. Era alto». Esta propiedad de las lenguas que permite anidar una frase dentro de otra recibe el nombre técnico de recursividad, y es lo que convierte a la gramática en una muñeca rusa, metáfora del propio Everett. Lo trascendente de este hallazgo es que fue la primera lengua

descrita en la historia que no tenía recursividad. Podría no impresionarnos este dato, pero resulta que la recursividad se ha identificado como el principal rasgo del lenguaje humano, lo que genuinamente nos distingue de la comunicación animal. El pirahã, desde el remoto Amazonas, se postula para poner patas arriba la definición de lenguaje humano.

Esa es la misión que no sabían que debían cumplir los pirahã como tribu de supervivencia amenazada: decirle a occidente y su flamante ciencia qué es lo que significa ser humano y qué es eso que llamamos lenguaje. El pirahã se convierte en la más incómoda piedra en el zapato del paradigma vigente. Porque la excepción no confirma la regla, la invalida. La recursividad, la capacidad para crear oraciones infinitas empleando unos recursos finitos, no podía ser un universal del lenguaje según el descubrimiento de Everett.

El pirahã impugna lo universal de la gramática y la convierte en algo más terrenal, fruto de la cultura del pueblo que la habla. Hace de la gramática una propiedad del lenguaje de andar por casa y no un superpoder humano. El significado sería más poderoso que ella (perro morder hombre: fácil entender: no gramática). La capacidad deductiva de la mente humana sería la guía. La cultura y la lengua se retroalimentarían porque el contexto con el que deducir intenciones o ideas es siempre cultural. Y, además, el pirahã podría no ser un caso aislado porque el paradigma vigente ha alentado el estudio de las lenguas desvinculándolas de la cultura en las que viven.

Los pirahã no son primitivos en el sentido de simple. Sucede que no necesitan la recursividad ni los numerales. Su mente es recursiva como todas las demás, sus relatos lo son, y un bebé pirahã adoptado por cualquier familia no pirahã no se distinguiría de sus hermanastros al hablar. Pero su forma de vida, apegada al presente y a su experiencia, impide que emerjan, dejando a su lengua unas *carencias* tan llamativas. Es necesario insistir: no son rasgos de una lengua primitiva y simple. Hay que superar ese cliché. Si resulta simple en algunos aspectos, otros equilibran el balance. Por ejemplo, su morfología verbal es endiabladamente compleja (admite 65 000 combinaciones allá donde nosotros solo necesitaríamos unas decenas: ellos no necesitan hablar del pasado, pero sí saber si a lo que se refiere el verbo lo ha hecho quien habla

o lo ha visto o se lo han contado, por ejemplo). Su lengua se ha adaptado a la selva y se manifiesta en la libertad con la que una misma palabra puede cambiar de consonante sin cambiar de significado (y eso pese a que solo tienen 8 consonantes, 7 las mujeres). La limitación de este pobre catálogo consonántico la superan gracias al poder del tono, un rasgo que surge precisamente de la adaptación a la selva: la melodía les asegura la comprensión y pueden gritársela con una sola consonante en la distancia bajo una ensordecedora lluvia o silbársela mientras cazan, para evitar ahuyentar a la presa. Son pocas consonantes, pero aún necesitan menos, porque se apoyan en el poder comunicativo de la entonación. La selva ha moldeado la lengua.

El descubrimiento de Everett nos sitúa ante el pulso que sostienen los partidarios de que la gramática es universal e innata y quienes lo niegan. Los primeros piensan que, según el paradigma vigente desde que Noam Chomsky demostró el innatismo del lenguaje, la gramática es una especie de programa bioinformático fruto de una mutación que reorganizó el cerebro y que, por tanto, apareció de forma abrupta. Los segundos defienden que el lenguaje es fruto de una larga evolución en la que se reciclan circuitos cerebrales y capacidades prehumanas para posibilitar una comunicación más eficaz. Es apasionante descubrir que los grandes temas están lejos de zanjarse. Es algo que hemos ido descubriendo a lo largo de nuestra búsqueda y que recordarás haber leído en algunas cartas: el pulso se repite con otras máscaras, desde la cuestión de los orígenes de los indoeuropeos (o de los propios celtas o de los vascos), hasta el origen de las lenguas o del lenguaje, pasando por la teoría de la evolución misma, que no escapa tampoco a los encantos de ser cuestionada. Incluso el origen del universo se debate entre el evolucionista Big Bang y otras ideas radicalmente distintas.

Lo humano en la prehistoria

Pero el libro de Everett no solo es valioso por la descripción que hace de la cultura pirahã o por compartir la extraordinaria y difícil experiencia de aprender su lengua sin más herramientas que la deducción. Es valioso también porque narra la experiencia vital de vivir en la selva y por contarnos el impacto existencial que una pequeña tribu de cuatrocientas almas tuvo en la vocación de misionero de un lingüista. El modo de vida

de los pirahã, su forma tan empírica de vivir en la selva, sin ficciones y a la vez tan alegre, obligó a Everett a preguntarse quién era él, si un misionero o un científico. El investigador acabó examinándose a sí mismo. Es esta cara humana de la investigación, esa experiencia narrada con honestidad por Everett, la que también nos salpica en nuestra indagación. Si lo piensas bien y siempre salvando las distancias, algo de eso hay en nuestro viaje: que hay descubrimientos que no te dejan indiferente, que te obligan a examinarte.

Supongo que a ti también te sorprendería en su momento ver cómo las lenguas nos condujeron a descubrir su contexto, a salirnos del marco aséptico de las palabras y vernos en mitad de grupos humanos. Mirando mapas y gráficas yo di un respingo mental: podía verlos interactuando, sí, a los grupos humanos. Lo que se nos muestra al adentrarnos en ese marco humano que contiene y sostiene a las lenguas es inesperado. Inesperado, al menos para alguien como yo, con unas confusas nociones de la prehistoria. Yo participaba de la idea de la prehistoria más extendida: que la civilización es el mayor logro de la humanidad, que las ciudades representan el triunfo de la domesticación de la naturaleza, que la invención de la agricultura y la ganadería supuso el incremento de la complejidad social y tecnológica hasta culminar en el deslumbrante y sofisticado presente que nos hace sentir más capaces y más avanzados que quienes nos precedieron.

Sin embargo, descubrimos que otra prehistoria es posible. Hay otro pulso que delata que no está tan clara tampoco la prehistoria. Las palabras básicas de las lenguas conservan pistas y nos conducen a la humanidad que nos precedió. Y esa primitiva humanidad no era primitiva. Del mismo modo que el pirahã es una lengua compleja pese a que tenga partes más simples, los pueblos primitivos eran tan humanos y complejos como nosotros. En este punto se ponen de acuerdo un arqueólogo, un antropólogo y un aborigen australiano (recuerda, D. Graeber y D. Wengrow en *El amanecer de Todo* y T. Yunkaporta en *Escrito en la arena*). El neolítico no inventó la complejidad, ni para gestionar las ciudades obligatoriamente ha de adoptarse una organización jerárquica: las primeras ciudades no la necesitaron, las sociedades igualitarias del primer neolítico fueron capaces de crearlas y gestionarlas. El templo de piedra más antiguo e imponente es unos 6 500 años más viejo que la más vieja de las pirámides egipcias: poca evolución hay ahí cuando la

arquitectura y la cantería empiezan de golpe en el registro arqueológico. Hace 11 500 años los cazadores y recolectores ya tenían diferentes formas de organizarse socialmente: los de tendencias jerárquicas construyeron Göbekli Tepe y los de tendencias igualitarias, acabaron creando ciudades. La tensión entre el sistema social vertical o el horizontal es muy antigua, y se desequilibró hace unos 5 000 años, al imponerse el modelo jerárquico. No es una historia lineal, ascendente e inevitable. La influencia del modelo evolutivo ha condicionado la interpretación de los datos y ha hecho ver la prehistoria de un solo modo. Además, ese rígido corsé está muy arraigado. Nuestros mapas y gráficos de palabras básicas del mundo quieren participar de la demolición de esas barreras mentales.

Lo humano en nuestra especie

Sí. Nuestro viaje nos descubre otros orígenes para las lenguas y otra prehistoria en la que encajan mejor los hallazgos. Pero ahí no acaban las consecuencias. Hay otra derivada que nos lleva más atrás en el tiempo. Los mapas y gráficos son incompatibles con la evolutiva monogénesis pero también lo son con la poligénesis de los más radicales defensores de la antievolución de las lenguas. Lo que detectamos es el claro protagonismo de una especial mezcla y fusión, lo que nos lleva a posiciones poligenéticas. Pero aquí está el problema: que la poligénesis casa mal con las ideas mejor establecidas sobre nuestro pasado evolutivo y genético. Por eso nos toca adentrarnos en la cuestión evolutiva, para averiguar si nuestra particular solución tiene defensa desde ese punto de vista.

Y resulta que, por tratar de comprender si el nacimiento de nuestra especie es compatible con nuestra singular poligénesis, descubrimos que también nos condicionan las ideas confusas sobre la evolución de las que partíamos. Asociar la evolución con la lucha por la supervivencia, el premio reproductivo de ser el más apto, los beneficios que van incentivando la transformación de la especie, son ideas integradas con naturalidad en la cosmovisión moderna de nuestros orígenes. La despiadada competición por los recursos en el mercado de la naturaleza no desentona en el salón de casa, pese a que lo deja todo perdido de sangre. Sin embargo, asistimos sorprendidos al hecho de que el origen de nuestra especie está condicionado por esas mismas fuerzas que detectábamos en la prehistoria: nuestra especie estudió seriamente cómo

organizarse socialmente, las soluciones jerárquicas y las igualitarias se midieron las fuerzas. Sin embargo, en este caso no hubo un desenlace sangriento. Lo que nos hizo *sapiens* fue encontrar y mantener una solución social a un problema evolutivo como es la crianza de una prole inmadura: dejar atrás la estructura jerárquica de la mayoría de primates. La lucha por el apareamiento la reformularon con una sencilla ecuación: una mujer, un hombre. Fin de los agravios. Todos contentos. Pero el edén igualitario que resultó no se inventó para que la especie se echara a dormir, sino que tuvo que currárselo: lo que nos moldeó fue precisamente la tensión de mantener a raya a quien siempre amenazó el nuevo orden. C. Knight y J. Lewis lo tienen claro: fue una iniciativa de las hembras, pero secundada por los machos que también identificaron al enemigo común, al macho alfa. Nuestro aborigen de cabecera, Tyson Yunkaporta, lo llamaría de otro modo, porque la amenaza del macho llega hasta nuestros días, aunque mudando la etiqueta: son los narcisistas alfa. El pulso entre la estructura jerárquica y la igualitaria siempre estuvo vivo. Y sigue vivo.

El interés absorbente por estos temas nos desvía la atención y la cuestión de la compatibilidad de nuestra poligénesis, que —como sabes— tiene esperanzadores aliados (como el multirregionalismo africano), queda en un segundo plano. Nos atrapa una historia de nuestra especie muy distinta. Al conocerla advertimos que el origen de las lenguas no puede desligarse de ella. En una escala muy diferente, no deja de ser lo mismo que descubrió Everett con el pirahã: del mismo modo que la lengua no puede comprenderse sin su cultura, el conjunto de las lenguas tampoco puede encontrar sus orígenes sin desandar el camino que recorrió la especie. Y como te conté, nosotros hemos tenido la sensación de desandarlo y ver con nuestros propios ojos los mapas y gráficos que dejaron los tiempos duros del máximo glaciar, los vestigios del poblamiento de los continentes y la mezcla de la que provenimos, tan diferente del mito de Adán y Eva y la torre de Babel. De este horizonte tan lejano solo nos llegan borrosas pinceladas, pero la misión de completar el cuadro es apasionante. Todo es muy incierto, y por eso, debemos tomar todo lo vivido como tentativas. Pero asumiendo la limitación, ¿cómo no íbamos a asomarnos al precipicio para saber cómo pudo ser el principio?

Lo humano en el diván

Descubrimos que la prehistoria y nuestra evolución admiten la posibilidad de ser muy diferentes. Que la tensión social marcó nuestro devenir. Y que nuestras lenguas y sus palabras más básicas tienen algo que decir en todo esto, no a través de entelequias, sino leyendo mapas y observando gráficos.

De consolidarse el cambio de perspectiva, deberíamos preguntarnos si acaso la opinión que tenemos de nuestra especie y de nuestra prehistoria está deformada por el éxito económico de la sociedad jerárquica en la que vivimos. Llegamos a la derivada más inesperada de todas. Nunca imaginé que estudiando topónimos y luego palabras básicas podría llevarnos a cuestionarnos el mundo en el que vivimos. Es el efecto secundario de descubrir un rostro muy diferente en nuestros antepasados y nuestra especie, que nos obliga a repensarnos. Al final del camino las palabras nos ponen un espejo. Nos invitan a reflexionar sobre quiénes somos, qué tipo de sociedad somos. Al tratar de escarbar en el origen de las lenguas nos encontramos a nosotros mismos buscándonos. Es la última reflexión con la que te entretengo: el dilema existencial de Everett tiene su reflejo en el dilema que, como sociedad, deberíamos afrontar. Si se toman en serio, las lenguas y sus palabras nos conducen a dejar al margen el objeto investigado y fijarnos en la realidad en la que estamos inmersos. El conocimiento carece de valor si no es para cambiarnos, si no lo logra, se queda deslavazado como mera información.

¿Quiénes somos en realidad? Encuentro por fin la ocasión para contarte algo que tenía pendiente. Te sirvo en bandeja uno de esos cambios de perspectiva, con el poder de retratarnos, que nos obliga a pensar en quienes somos y quienes fuimos. Puede que, coincidiendo con el sorprendente giro, pueda advertirse por unos instantes el leve destello de la cadena de palabras que nos unen figuradamente con nuestros primitivos antepasados.

Nativo de tu tierra

Estamos orgullosos de los avances que supusieron para la humanidad la promulgación de los derechos humanos. La Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 se inspiró en los textos de las revoluciones

francesa y americana como reacción a la barbarie de la Segunda Guerra Mundial, y ambas revoluciones fueron una consecuencia del pensamiento ilustrado del siglo XVIII. Pero ¿es mérito propio? La democracia liberal, que todavía sustenta el estado de derecho en la sociedad occidental, siente una superioridad moral frente a otros regímenes que no respetan los derechos humanos. Pero es un avance relativamente reciente: apenas dos siglos y pico tiene la democracia moderna más antigua.

Lo que sostienen D. Graeber y D. Wengrow es que no es casual que las revoluciones se dieran precisamente ahí, en Norteamérica y en Francia. La idea de igualdad que acompaña a la libertad y la fraternidad del famoso lema francés de la revolución era extraña (o marginal) en Europa antes del descubrimiento de América. El rey y sus súbditos eran el modelo recursivo que se reproducía hasta llegar a la escala familiar: el páter familias como dueño de su esposa e hijos. Y por encima del rey, dios, que completaba espiritualmente la muñeca rusa del modelo social.

El colonialismo arrasó el mundo nativo pero los nativos infectaron a tiempo las mentes de los europeos que los trataron. Les inocularon la idea de que otra forma de vida era posible. Les contagiaron con su irreductible idea de libertad y les demostraron con su modo de vida que la igualdad (la misma igualdad cuyo crucial protagonismo hemos visto traspasar la prehistoria y nuestra historia evolutiva) era una aspiración posible para los seres humanos. Tanto fue así que la flamante Ilustración del siglo XVIII es deudora del pensamiento de los nativos americanos, un pensamiento que fue difundido por los misioneros franceses en obras de gran éxito editorial en su país durante el siglo XVII: la semilla de nuestros valores.

Reconocer en los valores cívicos de nuestra sociedad al nativo, al indígena, al aborigen mancillado en los últimos siglos nos evita la tentación de evangelizarlos, de mirarlos por encima del hombro y de tratar de enseñarles con paternalismo algo sobre la humanidad. Porque son ellos los que podrían enseñarnos algo, como los pirahã a su misionero más entregado. Podrían conectarnos con nuestros antepasados, los nativos europeos, los que fueron colonizados por los indoeuropeos y las sagas que les sucedieron en los últimos 5 000 años. La descripción de un íbero hecha por un romano se parece mucho a la de un nativo americano visto por un francés. Ese mundo perdido en las catacumbas de nuestra historia,

borrado por los últimos 5 000 años de barbarie *civilizadora*, es el que aflora extrañamente al fijarnos en los tamaños, formas y distribuciones de las palabras del mundo. Son ellas las que nos hablan coralmente y nos dicen quiénes fuimos. Desde la brumosa antigüedad de nuestra especie hay un camino que nos conecta con esos pueblos primitivos y nos alcanza en el presente: podría haber quedado cristalizada en nuestras palabras la prueba de un pasado esperanzador.

Terminar para empezar

Espero que todo esto que te cuento te sirva para asimilar mejor lo dicho en las doce cartas anteriores. Yo no termino de desembarazarme de la sensación de que se me escapa entre los dedos lo esencial, la clave de todos estos temas. Pero en cuanto recuerdo que solo sirvo de correa de transmisión de unas ideas más importantes que la propia correa, se me pasa. Comprendo por fin que este viaje que he compartido contigo es simplemente mi viaje: una visión personal sobre unos temas complejos pero universales, la particular aproximación, el subjetivo descubrimiento con el que me he iniciado.

Al final me rebrota la experiencia vital que experimentó Everett. El viaje no solo consiste en descubrir, sino también en descubrirse. Me doy cuenta de que, al final, la pulsión indagadora que me ha conducido todos estos años también tiene una función terapéutica. Llenar la mochila de nuevas ideas nos deja la sensación de que el viaje no ha sido en vano. Pero eso no es lo importante. No hay que cogerles mucho apego. Hay que liberarlas para que nos muestren sus otras caras, las que se inhiben al verse en una cárcel que solo las mira de una sola forma. Lo importante es lo que se libera junto a esas ideas: liberarse uno mismo, dejar de ser prisionero de las propias ideas, de nuestras pulsiones, de nuestros objetivos. De nuestras misiones. Cumplir un sueño, realizarse, no nos tiene de dejar ninguna sensación de orfandad: deja de ser la barrera para todo lo demás.

Podemos sumar una muñeca rusa más: el viaje colectivo. También hay una cárcel para la especie. La palabra *sapiens* ha quedado atrapada. Le dicen lo que tiene que ser. Que está condenada. Su mochila está cargada de ideas que ensombrecen su pasado. Quizás sea buen momento para

desprenderse de todas ellas y averiguar quiénes somos realmente. Para que no nos condicione, para que no nos acompleje al dar el siguiente paso.

Vuelve la idea de círculo. Todo está inventado. Al colocar la última carta al principio, lo cerramos, y con ello te dejo a las puertas —como ya te he dicho— de poder conocer la única parte de la que te privé. Te invito a que sigas leyendo. Te sorprenderá el cambio de registro con el que empieza. Nada anuncia los altos vuelos de los temas que aflorarán. Si recuerdas, todo empezó por querer saber qué significaba el nombre de mi pueblo. Fue hace mucho, en el anterior periplo, aquel primer viaje. Ahora, en este segundo, el punto de arranque siguen siendo solo humildes palabras, lugares e historias. Es la grandeza de lo insignificante: los topónimos como puertas a un pasado remoto, la máquina más simple con la que la imaginación simula viajes en el tiempo. No bajes la guardia, porque ya sabes cómo las gasta el subconsciente.

Un placer haber podido contar contigo.
Una suerte haber podido contártelo. *Al talego*.

Entre la biblioteca, la cafetería, la habitación de trabajo, el salón y la cocina

Empezada el 23 de enero y terminada el 2 de febrero de 2025, justo después del concierto *Viajando* —¿una señal en el camino?— de Elena Cremades y su vibrante Maraña